

El Gabinete de los Ecos

Una novela por Yohan Daza

Silencios – Parte I



Capítulo 1: El periodista

Santiago de Chile, invierno de 1978.

Bajé del autobús a paso rápido; mi corazón latía más fuerte que el ruido del tráfico. Miré hacia atrás: el auto negro se detuvo y vi a los hombres de la CNI bajar, trajes oscuros, lentes que no dejaban ver los ojos. Me están siguiendo. Ya lo saben todo.

Apreté el maletín contra el pecho y casi eché a correr por la vereda, mis pasos sonando más fuerte de lo que debía.

Abrí el gran portón de la antigua casona en un barrio acomodado de Santiago; las manos me temblaban tanto que casi no pude cerrarlo.

Entré de golpe.

Matilde, sentada en la mesa del comedor, hacía sus tareas del colegio, rodeada de cuadernos.

—¡Están aquí! —dije, sin aliento.

—¿Quiénes? —preguntó, levantando la vista.

—Los del gobierno. Tengo que esconder estos documentos y tú tienes que irte ahora mismo.

—¿Irme dónde?

—A la casa de tu tío. Te quedas a dormir allá. Mañana te llamo, si las cosas están tranquilas.

Matilde miró el maletín.

—¿Y los documentos? ¿Dónde los vas a esconder?

—En el gabinete. Si vuelves y yo no estoy, ya sabes cómo sacarlos. No abras ningún cajón equivocado.

—Papá, ven conmigo —susurró, acercándose—. Podemos salir por la parte de atrás...

Negué con la cabeza.

—No. Ya me vieron. En cualquier momento van a entrar.

—Entonces ven —insistió, tirando de mi chaqueta—. Saltamos a la casa del vecino y escapamos por atrás.

No alcanzó a terminar la frase.

El portón se abrió de golpe, un estruendo metálico que atravesó toda la casa, y la puerta principal fue pateada hacia adentro.

Los hombres entraron como una ola negra.

El reportero se quedó en silencio. No respondió a ninguna pregunta.

Registraron cada habitación, levantaron pisos, rompieron cuadros, destrozaron muebles.

También revisaron el gabinete, tirando de sus cajones uno por uno, pero estaba vacío.

Los documentos, sin embargo, seguían allí, en algún lugar entre la madera y el silencio.

Capítulo 2: El guardián

Enrique era un reportero español, hijo de padre alemán y madre española. Sus padres habían emigrado a Chile a comienzos de la década de 1950, escapando de las sombras largas del franquismo que asfixiaban a media Europa. Con ellos viajó un mueble

extraño: un antiguo gabinete del siglo XIX que su padre describía como *peligroso* antes que mágico, un objeto hecho para guardar cosas que no debían ser encontradas por gobiernos opresores, sino por aquellas personas capaces de llevar esos secretos a la luz para el bien de sus países y para cambiar el futuro de la gente. Desde niño, Enrique había aprendido que su tarea no era solo cuidar el gabinete, sino también los secretos que dormían en sus cajones. Pero aquella tarde, los hombres de traje y lentes oscuros se lo llevaron, y nadie volvió a saber de él. El gabinete, en cambio, permaneció en la casona, silencioso, esperando al siguiente par de manos que se atreviera a abrirlo.

Capítulo 3: La revelación

Esa noche, la casa respiraba distinto. Afuera, el país seguía atrapado bajo la dictadura de Pinochet, pero adentro el miedo tenía el rostro de la CNI y de una puerta recién derribada. Todo estaba revuelto: cajones en el suelo, papeles rotos, sillas de lado, como si el allanamiento siguiera ocurriendo en un eco que no terminaba.

Matilde miraba el desastre sabiendo exactamente lo que significaban esos trajes oscuros que su padre había mencionado: la CNI —la policía secreta de la dictadura— que hacía desaparecer a periodistas, estudiantes, cualquiera que levantara la voz contra Pinochet. Sus manos comenzaron a temblar al darse cuenta de que esa fuerza oscura, encarnada en los hombres de lentes negros, podía silenciar a su padre para siempre.

El silencio pesaba más que los golpes de hace unas horas.

Matilde se acercó al gabinete despacio, con los ojos aún húmedos. La silueta de su tío Federico se recortaba en la puerta del comedor, inmóvil, mientras la luz pálida de la tarde entraba por la ventana y caía justo sobre la madera oscura del mueble. Una lágrima le corrió por la mejilla en el mismo instante en que uno de los cajones se abrió solo, con un susurro leve, casi educado.

Matilde dio un pequeño sobresalto.

—Ese cajón... —susurró—. Ese cajón no estaba ahí antes.

Federico se acercó, extrañado.

—¿Qué dices, Matilde?

Ella se inclinó, estudiando el frente del cajón, la veta de la madera, el tirador.

—Es diferente —dijo—. Como si lo hubieran cambiado por otro. Estoy segura de que este no existía.

Contuvo la respiración y deslizó las manos dentro del cajón, sintiendo el tacto frío del metal y el crujido del papel.

Sus dedos tocaron el borde familiar del maletín doblado, los sobres, las carpetas. Sacó un fajo de documentos cuidadosamente apilados: los papeles de su padre.

El gabinete permaneció inmóvil, como si no hubiera hecho nada. Solo la luz, el polvo en suspensión y el silencio parecían saber la verdad.

—¿Será cierto...? —murmuró Federico—. Enrique no mentía.

—¿A qué te refieres, tío? —preguntó Matilde, aún con los documentos en las manos.

Él se pasó la mano por el pelo, como buscando un recuerdo que se le escapaba. —Yo era mucho más joven que tu padre —dijo—. Pero él me repetía que este gabinete tenía... habilidades extrañas. Nunca quiso llamarlas "mágicas", pero eso parecían. A veces pasaban cosas raras, y yo pensé que solo le gustaba jugar con mi imaginación, que era un cuento para niños.

—¿Qué cosas, tío?

El hombre miró el mueble con una mezcla de respeto y desconfianza.

—La verdad, no estoy seguro. Mis recuerdos son como sombras; están ahí, pero no les veo bien la cara. Muchas cosas de España se me confunden. Solo sé que, cuando nuestro padre usaba el gabinete, a veces sentía que estábamos en otro lugar... como si la casa cambiara sin moverse.

Matilde no entendía del todo lo que su tío intentaba explicar.

Se acercó más al mueble y empezó a curiosear, abriendo cajones uno tras otro.

No podía creer lo que veía: estaban llenos de cartas, objetos antiguos, pequeños cuadernos, fotografías en blanco y negro que jamás había visto en la casa.

Cada cajón parecía guardar una vida distinta.

Capítulo 4: Colonia Dignidad

Los documentos que su padre había escondido de las fuerzas oscuras eran pruebas y testimonios de lo que estaba ocurriendo en Colonia Dignidad, una colonia alemana enclavada en la precordillera de la Región del Maule, a unos 400 km al sur de Santiago. Su padre había entrevistado a sobrevivientes que habían escapado de sus alambradas, y los papeles detallaban horrores inimaginables: celdas subterráneas donde militares chilenos torturaban a detenidos políticos con electricidad, agua helada y simulacros de fusilamiento; abusos sexuales sistemáticos contra mujeres y niños; experimentos médicos ilegales disfrazados de "tratamientos"; y el uso del lugar como centro de detención clandestino, protegido por la inmunidad diplomática de la colonia y por agentes de la CNI que lo visitaban regularmente.

Matilde recordaba las palabras urgentes de su padre: era crucial llevar esos documentos a la embajada de Suecia. Países neutrales como Suecia, con su tradición de derechos humanos, habían sido clave en recibir denuncias de la dictadura y canalizarlas al mundo.

—Tío, tenemos que sacar este gabinete de aquí —dijo Matilde, mirando nerviosa hacia la ventana rota.

—Podríamos llevarlo a tu casa —sugirió ella.

Federico negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea. Los de la CNI podrían seguirnos hasta allá. Vamos a esperar un par de días para asegurarnos de que no vigilan la casa.

Dos noches después, Federico consiguió una camioneta con ayuda de su amigo Rafael. Se estacionaron a unas cuadras de la casona de Enrique, esperando en la penumbra. Federico notó un vehículo sospechoso estacionado cerca: oscuro, sin luces, justo donde la luz de la calle no llegaba. No podían ver si había alguien dentro.

—Federico, creo que ya podemos entrar —dijo Rafael tras un par de horas.

—Espera —susurró Federico—. Mira esa luz roja ahí dentro.

Unos minutos después, la ventanilla del auto se abrió apenas. Alguien arrojó un cigarro encendido a la calle, que rodó chispeando sobre el asfalto. El motor rugió bajo y el vehículo se alejó despacio, perdiéndose en la noche.

—Ahora sí —dijo Federico—. Vamos por el gabinete.

Lo cargaron con cuidado entre los dos, envuelto en mantas. Matilde y Clara, la esposa de Rafael, los esperaban en la casa del fundo aislado en el medio del campo, a las afueras de Santiago. Era más seguro quedarse con ellos: no tenían ficha política, no eran vistos como sospechosos ni sublevados por el régimen. En ese rincón olvidado, el gabinete podía esperar —y los documentos, tal vez, encontrar su camino al exterior.